

Discurso de incorporación del Dr. Guillermo E. Alchouron

Quiero comenzar por agradecer a la Academia Argentina de Ciencias de la Empresa el honor de incorporarme a la misma ocupando el sitial de Vicente L. Casares.

También agradezco a todos aquellos que hoy han tenido la afectuosa actitud de acompañarme en tan grato momento.

No puede menos que conmoverme el que me toque representar en esta Academia a una figura tan trascendente como la que es titular de este sitial.

Para quienes, como yo, hace cuarenta años empezaron su carrera empresaria en el espacio de la producción láctea, la figura de Vicente L. Casares resulta esencialmente familiar y querida.

Desde mi juventud consideré a Vicente Casares como una leyenda y como uno de los pioneros del campo argentino, a quienes no se discute ni se analiza, sino que, simplemente, se los admira.

El sentimiento que se apoderó de mí al asumir la misma actividad donde mi antecesor descolló, se ve hoy enriquecido por el conocimiento de la vida y obra de este patriota de fines del siglo pasado. De allí que, cuando supe de mi designación en esta Academia, profundicé aquel conocimiento y encontré una importante bibliografía sobre tan relevante personalidad. Entre otros escritos se distingue el artículo titulado "Los Casares", escrito por César Alberto Lozano en la Revista Anales de la Sociedad Rural Argentina, varios años atrás.

Allí Lozano comienza su trabajo diciendo: "Se debe iniciar la historia de la raza Holando y de la industria lechera recordando a Vicente L. Casares, figura culminante de la historia de nuestra agricultura y nuestra ganadería".

Tal vez esta frase resume la opinión unánime de quienes conocieron a Casares y de quienes, sin conocerlo, supieron de su obra.

Inició en 1866 la Cabaña y Estancia San Martín, luego la Martona, en Cañuelas y fue, en 1871, el primer exportador de trigo a Europa. Trigo producido además en aquel establecimiento.

Fundó a pedido de Carlos Pellegrini el Banco de la Nación Argentina, siendo su primer Presidente. Durante su participación en la vida política llegó a la Presidencia del Partido Autonomista y fue candidato a la Vicepresidencia de la Nación.

Seguir con la historia de Vicente Casares significaría un apasionante relato que no es posible, hoy, prolongar. Me quedo entonces con una frase de Lozano que tiene el valor de un preciso resumen: "Como buen argentino Casares nunca pudo negarse a prestar su concurso al país y por esto, más de una vez, se vio embarcado en torbellinos políticos complicados que contaron con su sereno y austero consejo".

Como se puede advertir en esta descripción, Vicente L. Casares fue un empresario con mayúsculas que, cuando tuvo que brindarse al país, lo hizo con fervor y honestidad y, cuando creyó que tenía que regresar a su actividad inicial, lo hizo con la sencillez y humildad propia de los grandes. Voy ahora a mi exposición como nuevo Académico.

El título de esta conferencia puede sugerir la idea de un pronóstico basado en una información detallada de cifras y cálculos en materia de exportaciones e importaciones que nuestro país podría mostrar en el futuro y en el análisis de otros temas que pueden considerarse incluidos en el concepto de "relación económica".

No pienso distraer a ustedes con esa línea de exposición.

En realidad, el objetivo de esta charla es plantear mis ideas acerca de la forma en que la Argentina debe encarar, en el futuro, el trascendental tema de las relaciones económicas internacionales, para lograr en esta materia una posición de significativa mayor importancia que la actual, que nos ubica en un lugar secundario en ese aspecto.

Hablar de relaciones económicas con los otros países del mundo significa referirse, por una parte, al comercio externo y, por la otra, a la inversión del mundo en la Argentina y de nuestro país fuera de sus fronteras. Pero es necesario también, admitir que comercio e inversión están directamente vinculados a la producción y que, para crecer en la producción, es indispensable la inversión.

Esto no es novedad para nadie, aunque sí es necesario replantear, un análisis pormenorizado de la realidad que hoy enfrenta nuestro país, ante el desafío de crecer significativamente en sus relaciones económicas internacionales.

Hace poco más de medio siglo, la Argentina ocupaba un rango elevado entre las naciones exitosas del planeta.

Nuestro producto bruto interno y nuestro ingreso "per cápita" estaban ubicados entre los primeros puestos y nuestro comercio internacional ocupaba alrededor del 3% de la suma de exportaciones e importaciones mundiales. Éramos

realmente un país rico.

Cincuenta años después, hemos descendido muchos lugares en el posicionamiento en esas materias y nuestro comercio externo representa alrededor del 3 por mil del mundo, es decir, es 10 veces proporcionalmente menor, aunque hemos mejorado algo nuestra "performance" de cinco años atrás.

Dejando para más adelante el tema de las inversiones, señalaré que, en 1995, nuestras exportaciones e importaciones, con una cifra de 40.000 millones de dólares, superaron las de 1990, cuando estábamos en la mitad de esa cifra.

Sin embargo, los números actuales siguen siendo insignificantes en comparación con los países que, hace apenas unas décadas, estaban muy por debajo de nosotros.

Estoy convencido que los argentinos podemos mejorar sensiblemente nuestra "performance" actual, pero también creo que ello no ocurrirá por milagro ni por una actitud voluntarista, sino por la corrección de algunos defectos y la incorporación de un buen número de aciertos en las políticas que vienen.

Como consecuencia de mi gestión como dirigente de la producción durante muchos años, me suelen preguntar sobre el futuro de nuestra agroindustria y esta cuestión me es formulada más asiduamente con motivo de algunas decisiones fiscales tomadas, o en ciernes, que afectan la rentabilidad de ese sector.

Y mi respuesta es inexorablemente la misma: jamás la Argentina agroindustrial tuvo un futuro más promisorio que el que se presenta hoy, en 1996.

Existen razones válidas de orden nacional e internacional para avalar este aserto. Veamos las externas:

- 1)** Vivimos en un mundo globalizado con muy escasas -tal vez nulas- hipótesis de conflicto que arrastren a guerras mundiales. La mundialización, como prefiere llamar Javier Pérez de Cuéllar a la globalización, ya no podía ser detenida por nada ni por nadie.
- 2)** En consecuencia, los países están intelectualmente convencidos de encarar su futuro consolidando la paz y pensando en acrecentar su calidad de vida.
- 3)** En uno de los rubros de mejor competitividad de la economía argentina, como lo es la producción agroindustrial, el mundo demanda más y mejores productos.
- 4)** En la mayor parte de los casos la demanda supera la oferta, lo que implica precios establemente más altos para esta producción.
- 5)** La tendencia de los años 90 está claramente dirigida al desmantelamiento del proteccionismo. El GATT y ahora la Organización Mundial del Comercio son foros que provocan una mayor transparencia en los mercados, al suprimir paulatinamente los subsidios a la exportación, condición esencial para un mejor desempeño de nuestra producción a nivel internacional. Según cálculos serios, ante los cambios que se están operando en China y Rusia, el 87% del mundo vivirá en economía de mercado. Internamente también existen factores favorables:
 - 1)** La Argentina va percibiendo con claridad que el estancamiento que la paralizó durante varias décadas tuvo su razón de ser en el estatismo, la manipulación cambiaria, el cierre de la economía y un "reglamentarismo" desmedido.
 - 2)** Para contrarrestar esa tendencia, hemos privatizado, abierto la economía, logrando balancear razonablemente las cuentas fiscales y afirmar una estabilidad económica y política sin precedentes en los últimos 65 años.
 - 3)** La incorporación de tecnología a nuestra producción ha sido espectacular. Ello obedece a una aptitud natural en nuestros hombres de empresa, en nuestros técnicos y en nuestros trabajadores. La erradicación de la fiebre aftosa y el fuerte crecimiento de nuestra producción granaria, encontrará cada día más y mejores mercados que en los tiempos precedentes. Lo mismo ocurrirá con las frutas y los jugos cítricos y un creciente número de productos agroindustriales e industriales, con una actividad petroquímica y minera en gran desarrollo.
 - 4)** La producción en general y la agropecuaria en particular, ha soportado históricamente gobiernos que, aun cuando enarbolaban las banderas de la libertad económica mantenían, sin embargo, engendros en donde perduraban los impuestos a las exportaciones, arbitrarias discriminaciones cambiarias y precios máximos.

Hoy los productores tienen la convicción de que la actual administración y cualquier otra que venga en el futuro no tienen ni podrá tener mentalidad "anti campo" y éste es un factor de aliento en la planificación de un programa de producción a largo plazo.

5) La sociedad argentina es la verdadera inspiradora de este proceso de modernización y comprende sin esfuerzo que el aislamiento y la autosuficiencia han sido mundialmente reemplazados por la globalización y la cooperación internacional. Estamos haciendo lo que recomendaba Ludwig Ehrard a los alemanes, ya concluida la segunda guerra mundial: "Abramos las puertas y las ventanas de toda Alemania para que entre aire fresco".

Estas diez circunstancias externas e internas recién enumeradas, tendrían que actuar como un poderoso disparador de nuestra economía en conjunto y de la confianza en un futuro realmente mejor. Sin embargo, no alcanzan por sí solas para generar el proceso de significativo avance que estamos deseando en materia de nuestras relaciones económicas internacionales.

Mi percepción es que falta en los argentinos un verdadero sentimiento de asociación nacional. Quienes hemos conocido los países del primer mundo, y también los de Asia - Pacífico, tuvimos la oportunidad de analizar en profundidad las razones que han llevado a los mismos a formar parte de la primera división internacional que confluye en la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos.

Tal vez esto resulta más patente en el caso del Este Asiático, encabezado por Japón, junto con Corea, Malasia, Indonesia y ahora también China que -como ya se ha dicho- ha decidido acercarse a la economía de mercado. Estos son parte de los países de más alto crecimiento del Producto Bruto Interno en las últimas décadas.

Todos estas naciones operan sobre la base de una especie de triángulo equilátero donde confluye toda su estructura socio económica. Los lados del triángulo son: el Estado, el sector empresario -incluyendo el trabajo- y la Universidad.

Estos factores sociales existen en todos los países del mundo. El nuestro obviamente también cuenta con los mismos. Pero ¿cuál es la calidad de este funcionamiento interdependiente?

Mi primera percepción me permite afirmar que no hemos obtenido logros adecuados en esta materia.

La Argentina, generalmente, se ha movido sobre la base de un estatismo prepotente, con interregnos de empresarismo también prepotente y un visible relegamiento del sector universitario. Ese estatismo se ha basado en la demagogia o el resentimiento social que ha imperado en la mente de una parte importante de los políticos de peso de nuestro país.

El empresarismo a ultranza, aunque más esporádico, suele ganar posiciones por el contacto desembozadamente interesado con las más altas cúpulas de los gobiernos de turno, o por el ataque global a todo lo que huele a Estado, por el solo hecho de serlo.

Vamos al caso de Japón. Este país es uno de los más representativos de este objetivo fundamental que la Argentina debe perseguir: la asociación nacional. Las organizaciones privadas que agrupan a los empresarios y las federaciones de las mismas participan, junto a hombres de gobierno activos o retirados y profesores universitarios de reconocida trayectoria, en las principales instituciones que tienen que ver con el desarrollo interno o externo del Japón y sus centros de investigación en todos los campos de la ciencia.

La ignota Malasia, que visité hace apenas un mes, es un país cuya superficie es sólo un 50% mayor que nuestra Provincia de Buenos Aires y que tiene 20 millones de habitantes. Ha sufrido dominaciones de países europeos y asiáticos, y su independencia es joven. Pero el país trabaja en asociación nacional y su comercio externo triplica el argentino. Su Instituto de Investigaciones Estratégicas Económicas Internacionales es sostenido por el Gobierno y los empresarios y en su conducción existe un fuerte predominio de las Universidades. Cuenta con 46 investigadores de primer nivel, que monitorean permanentemente lo que pasa en el mundo, para analizar y concluir sobre lo que puede o no ser útil para Malasia, ya sea que provenga de EE.UU., de Alemania, de China, o de sus vecinos Indonesia o Birmania.

En el reciente Informe Okita II, treinta expertos japoneses, que trabajaron más de dos años, nos acaban de entregar una completa información de cómo nos perciben en Asia Pacífico, y cómo piensan ellos que apreciamos nosotros ese mundo económico, en un apasionante e inteligente manual de exportación a esa región.

La Fundación Okita, un pequeño símil del Instituto de Malasia que recién mencioné, editará 1000 ejemplares de un buen resumen del Okita II.

Ese Informe Okita II analiza con precisión las razones que dificultan el ingreso de los productos argentinos en Asia-Pacífico y señala que los importadores de esos países perciben en nuestros exportadores tres defectos:

- 1) Nos falta una fuerte voluntad de exportar al Asia.
- 2) No tenemos una imagen de marca.
- 3) No generamos confianza en materia de provisión estable.

En cuanto a los productos, observan una calidad no competitiva y una insuficiencia de esfuerzos para ajustarlos a las

necesidades locales.

En cuanto a la producción y su llegada al importador, ven una capacidad de exportación insuficiente, una infraestructura inadecuada y carencia de eficacia en los servicios de entrega a causa de la distancia.

El Okita II también nos aconseja:

- fortalecer las actividades de la promoción de ventas;
- desarrollar estrategias de exportación;
- mejorar la competitividad en precios y calidad;
- fortalecer la capacidad de oferta;
- mejorar el apoyo financiero y
- desarrollar la infraestructura.

He extraído del Informe Okita II sólo algunas notas centrales que sirven para revelar que los objetivos planteados requieren una indudable interrelación de gobierno, empresa y técnica, para poder acceder a un resultado exitoso en materia de relaciones económicas internacionales. Es decir que, si no se produce un verdadero funcionamiento del triángulo a que antes me referí, por más inteligentes, instruidos y despiertos que seamos, no saldremos de este submundo relegado, en que hemos estado viviendo la mayor parte de las últimas seis décadas, cuando nuestra vida democrática empezó a tambalear.

Solamente rompiendo con ese fatalismo histórico, que nos lleva con demasiada frecuencia del progreso a la decadencia y viceversa, podremos concretar las enormes potencialidades de riqueza y prosperidad que existen en nuestra nación.

Algo tenemos que hacer para evitar una nueva recaída y este "algo" o cambio pasa, según mi modo de ver, en primer término, por una actitud empresaria más comprometida. Porque, en las relaciones económicas de cualquier índole y, especialmente en las internacionales, la actividad privada es el verdadero disparador de la creación de riqueza, indispensable para poder exhibir un nivel de comercio interno y externo mucho más importante que el que actualmente mostramos.

Si hablara como político, tal vez impulsaría a mis pares y, si fuera profesor universitario, tal vez convocaría a mis colegas. Pero soy empresario y, como tal, reconozco que somos los empresarios quienes movemos la economía y estamos directamente relacionados con los recursos en toda su variedad. No hay verdaderos empresarios en un mundo de pobreza; sí, los hay, cuando se persigue tenazmente la creación de bienes, la competencia y el desafío tecnológico de cada día.

Si el empresario intenta ser exitoso con su negocio, no alcanzará su meta si descuida el éxito de la comunidad en que vive.

Y soy un convencido de que antes de quejarnos de los políticos porque no atienden o no entienden de la producción, debemos pensar si no somos los empresarios quienes debemos resolver los problemas que nos tienen maniatados en medio de un estancamiento que nos deprime. Debemos entonces asumir nuestras responsabilidades en las áreas estratégicas de la conducción del país, ayudando para que los gobernantes sean cada día más aptos y más éticos.

Con las corrientes políticas actuales, o con las que puedan venir ante el eventual fracaso de aquellas, nuestro país debe prepararse para retomar al grupo de las naciones que lideran el planeta. La reciente creación del MERCOSUR y la próxima asociación con Chile y Bolivia nos ayudará sobremanera.

Y esto no para estar entre los primeros y ejercer el poder por el poder mismo, sino para tener la tranquilidad moral de que los argentinos obramos con conciencia en la administración de la cuantiosa fortuna geográfica con la que hemos sido dotados. De allí que nuestro crecimiento como país y, por lo tanto, el desarrollo y el afianzamiento de nuestras relaciones económicas internacionales dependerá, sustancialmente, de una decidida corriente movilizadora que nuestra sociedad tiene la obligación de encarar.

Hoy estamos reunidos en la Universidad Argentina de la Empresa convocados por la Academia Argentina de Ciencias de la Empresa. Dos tercios del triángulo de la asociación nacional a que me referí al principio se han encontrado en este prestigioso recinto. Tomemos conciencia de esta beneficiosa circunstancia y obremos en consecuencia.

Vayamos juntos, empresarios y universitarios, a buscar al tercer miembro de esa indispensable asociación nacional. Vayamos juntos al encuentro del lado político del triángulo, representado por los hombres que gobiernan o pueden gobernar en el oficialismo y en la oposición y por fin construyamos el país que necesitamos.

Admitamos que el mundo espera de los argentinos una actitud solidaria con los pueblos que necesitan de la

producción que a nosotros no nos resulta difícil lograr.

Admitamos que necesitamos mejorar nuestra conducta nacional, porque el mundo, si bien puede simpatizar con la Argentina, no está dispuesto a invertir masivamente en un país donde existen signos marcados de corrupción en la república, en la empresa y en el sindicalismo, o donde no existe una clara previsibilidad legislativa o judicial.

Una sociedad donde no existen prejuicios raciales, ni religiosos, ni regionalismos incompatibles, tiene que ser éticamente exitosa.

De allí nuestro optimismo sobre el futuro que podemos avizorar, pero al mismo tiempo, nuestra observación crítica sobre la necesidad de superar los escollos que hemos planteado.

Ni Alemania ni Japón superaron la derrota, en la última guerra mundial, sin el esfuerzo integral de sus respectivas sociedades.

Durante largos años en esos países marcharon unidos todos los sectores y todas las ideas para superar el caos provocado por una guerra total.

En la Argentina, en los últimos cinco años, nuestra sociedad recuperó posiciones esenciales para poder pensar en un futuro mejor. Volvimos a tener moneda, a entender un precio, a planificar y a proyectar en un medio de estabilidad integral.

Sin embargo a veces, parece que estamos perdiendo la memoria de los días de hiperinflación y de la más completa inseguridad general, y muchos políticos que militan en el oficialismo o en la oposición empiezan a pensar más en las elecciones del 97 que en mantener en orden una economía que pocos años atrás se había prácticamente desbordado y estaba destruyendo el país. Proponen milagrosas soluciones para aquellos problemas que sólo se arreglan con trabajo, sacrificio y dolor.

‘Sangre, sudor y lágrimas’ prometía Churchill a los ingleses que triunfaron en el 45. Un poco de sudor, menos corrupción y bastante austeridad serían suficientes para llevar a los argentinos a la victoria sobre los males que nos aquejan. Finalmente, creo que, si podemos enfrentar y superar estos obstáculos, el mundo externo, que nos mira con interés y apuesta a nuestro favor, querrá crecer en su relación con nosotros, si captamos y creemos que el éxito de cualquier emprendimiento depende de la fuerza y coraje de sus protagonistas; si estamos convencidos de que la práctica de la asociación nacional es esencial para lograr los equilibrios racionales que conducen al resultado deseado; si estamos de acuerdo en que el interés del mundo por nosotros depende de nuestra conducta. del mantenimiento de la estabilidad económica, del abatimiento de la inflación y de la genuina erradicación de la corrupción; si pensamos que hay que producir más para el mundo que para nuestro consumo interno; si, en definitiva, entendemos que el crecimiento de las relaciones internacionales de la Argentina dependerá fundamentalmente de sus habitantes; si, como muchos deseamos, todo esto ocurre, se recuperará la confianza en nuestro pueblo y, realmente, valdrá la pena que nuestros hijos argentinos trabajen pensando en sus nietos argentinos.